

**ANTOLOGÍA
DE LAS
MEJORES
NOVELAS
POLICÍACAS**

TOMO XIV

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1982 por la editorial ACERVO.

Índice de contenido

Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. XIV

Introducción

—Rafael Castellano de la Puente

El sádico (Rafael Castellano de la Puente)

I

II

III

¿Por qué no matas a alguien? (Rafael Castellano de la Puente)

I

II

La rebotica (Rafael Castellano de la Puente)

I

II

III

El esotérico (Rafael Castellano de la Puente)

—Noel Clarasó

Llamada de auxilio (Noel Clarasó)

Empezó por una apuesta (Noel Clarasó)

Hace falta un asesino (Noel Clarasó)

—Francisco Cortés

Querida Alicia, unas breves líneas... (Francisco Cortés)

—Jesús y César E. Díaz

El problema de los bombones envenenados (Jesús y César E. Díaz)

Capítulo primero. La curiosidad de miss Hewitt

Capítulo II. Link Tresh

Capítulo III. Dos cajas de bombones

Capítulo IV. Las huellas de la víctima

Capítulo V. Patrick Shiel pone los puntos sobre las íes

—Severiano Fernández Nicolás

La mordedura (Severiano Fernández Nicolás)

—Medardo Fraile

Sabas Martel cuenta un crimen (Medardo Fraile)

—Francisco García Pavón

Los carros vacíos (Francisco García Pavón)

—E. Jarnés Bergua

Sesión de circo (E. Jarnés Bergua)

I

II

III

—Carlos Romero

El asesino (Carlos Romero)

—Joaquín Ruiz Catarineu

Muerte en la plaza (Joaquín Ruiz Catarineu)

—Hermógenes Sáinz

La plegadera (Hermógenes Sáinz)

—Tomás Salvador

La pistola perdida (Tomás Salvador)

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

(Se abre un paréntesis
se cierra el paréntesis)

1

2

3

4

—Ricardo Wert

La carcajada del más allá (Ricardo Wert)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[Notas](#)

INTRODUCCIÓN

Antes de que Francisco García Pavón consiguiera el Premio de la Crítica con "El reinado de Witiza", una novela auténticamente policíaca; antes de que le concedieran el Premio Nadal con "Las hermanas Coloradas", obra del mismo corte y estilo; antes de que "Gaceta Ilustrada" convocara un concurso de relatos de este género; antes, decimos, de todo eso, quienes procuramos estar en contacto directo con la literatura policial escrita en castellano, habíamos trabajado con la intención de darla a conocer a los lectores patrios. En nuestras selecciones anteriores, junto a Tomás Salvador, Noel Clarasó, Darío Fernández Flórez, Pedro Sangro o Carlos Clarimón, recogimos nombres de tanta solera como los de Luis Arrizabalaga, Cortés Rubio, Jarnés Beragua, Ruiz Catarineu, Sáenz González, Francisco Faura... Ante ciertas actitudes negativas nos propusimos, simplemente, alumbrar el lado positivo, y los resultados no han podido ser más halagüeños. En España se practica la novela policíaca con tanta dignidad, por lo menos, como pueda practicarse en el extranjero, sin excluir Inglaterra o Estados Unidos.

En nuestro país se ha hablado y escrito demasiado sobre los subgéneros, siempre con desprecio y en detrimento de quienes lo cultivan. Pocos se han detenido a meditar, sin embargo, en algo incontrovertible: la mayoría de los creadores del bolsilibro español, tan difundido por todo el mundo, son muy capaces, si se lo proponen, de escribir obras de mayor fuste y entidad. No hablamos a humo de

paja. Autores hay, ya nos vamos dando cuenta todos, que no han despreciado hacer tal tipo de literatura. Mucho antes de que a García Pavón se le otorgaran los galardones antedichos, ya había conseguido el Premio Planeta Juan José Mira, uno de los más conocidos autores policíacos de la postguerra, con "En la noche no hay caminos", o Mario Lacruz el Simenon, con "El inocente", o el ya citado Arrabalaga el Antifaz de Oro, con "Correo para Elena" o habían publicado libros de esta clase Tomás Salvador, Tomás Borrás, Miguel Serrano Gómez... Asimismo colecciones de amplia difusión como la Biblioteca Oro o El Elefante Blanco no tuvieron inconveniente en incluir, aunque fuera bajo seudónimo, a algunos escritores hispanos: Honorio de la Morena García, Jaime Ministral Maciá, el propio Juan José Mira, María Fernanda Cano... Las editoriales Tesoro y Rollán dieron a la estampa a su vez sendas series —"La novela negra" y "Murder Club"— nutridas exclusivamente por compatriotas, los cuales, aunque también bajo seudónimo, realizaron una labor altamente meritoria. Entre estos últimos cabe citar, a Félix Martínez Orejón, primer Premio Inmortal Ciudad de Gerona, con "Las cruces miran al cielo" (Planeta, 1968). Igualmente al que esto suscribe (Inglis Carter para muchos lectores) le ha sido otorgado en 1969 idéntico galardón, en colaboración con el ya nombrado Francisco Faura, por su novela "Lloraré por vosotros" (Prensa Española, 1970). El mismo Ricardo Fernández de la Reguera, creador con su esposa, Susana March, de una obra de tanto aliento como los "Episodios Nacionales Contemporáneos", se inició, si mal no recordamos, en el género llamado popular.

¿Puede, pues, afirmarse que los escritores de novelas de "evasión" somos ganapanes de la pluma, incapaces de crear nada importante? Rotundamente, no. Las pruebas y ejemplos aducidos no dejan lugar a dudas. Y eso sin que pretendamos haber realizado un resumen exhaustivo de cuantos se han dedicado y se dedican a esta noble tarea. Hemos querido únicamente llamar la atención sobre un fe-

nómeno que puede inducir, y de hecho ha inducido, a error. Por eso nos atrevemos a pedir un poco más de rigor a cuantos se han ocupado, con mayor o menor detenimiento, de este asunto, fácil en apariencia, pero difícil y complejo en realidad. Mucho del encarnizamiento con que algunos se han manifestado no ha sido precisamente producto de la mala fe, sino de un absoluto desconocimiento de esa realidad y circunstancias que han tenido durante años ante los ojos y no han sido capaces de ver. Lo que les ha impedido, por supuesto, de calibrarlas, y les ha llevado, de rechazo, a mostrarse por entero injustos.

ANTONINO GONZÁLEZ MORALES

RAFAEL CASTELLANO DE LA PUENTE

Rafael Castellano de la Puente nace en Madrid hace veintisiete años, y vive en la actualidad en Deva (Guipúzcoa). Hecho el "Preu", decide no acudir a la Universidad e ingresa en la Escuela de Arte Dramático. Entonces se da cuenta —dice él— "de que hacer teatro es un placer y de que el público es una masa amorfa que tose metro y medio más abajo del coturno". Dado a la literatura de humor, practica el relato corto, especialmente en "La Codorniz", en donde ha rebasado ya el número quinientos de sus trabajos, y cuyo director, Álvaro de Laiglesia, le ha otorgado la muy preciada condecoración "La Codorniz de Plata". También ha escrito relatos largos, pero, como él también afirma, son de "filosofía y no se venden". "Me gustan varias cosas cuando tengo tiempo —añade—: soplar (léase beber), leer a los Baroja, pasear con mi perro, comer ostras con una chavala prometedora... Y, sin que se me tache de cursi, mirar al mar, que es una cosa muy importante". Tiene el título de profesor de idiomas.

EL SÁDICO

Rafael Castellano de la Puente

I

La chica, con sus diecisiete años desgarbados, llevaba una montura ortopédica en la dentadura. Consciente de su aspecto de mujer casi crecida, tímida por ello, echaba los hombros hacia delante y requería el quicio de la puerta para apoyarse.

—Los dientes le salen para afuera —había aclarado su padre—. Es mejor corregírselo ahora, ¿no cree?

—¡A buenas horas! —una mueca de rabia hizo toser displicentemente al padre. Cuando la niña hacía muecas su rostro se tornaba horrendo. Semejaba uno de esos demonios primitivos de la isla de Pascua.

—No le haga caso —meneó la cabeza el padre, ofreciendo un puro con mano temblorosa, puro que el policía desdeñó.

El inspector Borrego contempló a la personilla que tenía delante con curiosidad. A aquel embrión de mujer que buscaba la pared con timidez traducida en odio. Le gustaban los jóvenes, pese a tener cinco hijos.

—Le ruego —carraspeó el padre, levantándose— que la Interrogue con delicadeza. A su edad, un disgusto de ese tipo, ya comprende usted... Es mejor ahorrarle sufrimientos, evitando atosigarla.

Borrego contempló al temeroso patriarca con un tanto de sorna bajo la ceja.

—Señor mío: tengo cinco hijos. Uno de ellos tiene también diecisiete años. Conozco mi oficio y he estado once años destinado en la brigada de menores —Borrego adoptaba un aire semiofendido y ofrecía un cigarrillo que fue rechazado. La niña, según pudo observar, seguía con envidia el movimiento de petaca no dirigido a ella, el chasquido de la cerilla y el brote azulado de la primera bocanada.

Suspiró el policía, y prosiguió:

—Considerará usted que, en este momento, lo importante es pescar al miserable que medra en el bosque. Muchas chicas corren el peligro de muerte que su hija pudo, gracias a su presencia de ánimo, evitar. En cambio, recuerde usted que las dos anteriores...

—¡Calle! —el señor Barrón se echó la mano a la faz en histriónico gesto e hizo bailar la papada—. ¡Es horrible!

Su hija le contemplaba con una indiferencia rayana en el desprecio. Parecía pensar: “¡Vaya números que hace mi padre sólo por una sandez!”. Estólida, se rascaba una oreja.

—¡Degolladas tras una violación! —Borrego entornaba los párpados—. ¡No pararé hasta pescar al tipo ese!

—Le ruego —Barrón, consciente, señalaba con un gesto de párpado caído a la niña—; le ruego que...

—¡No importa, señor mío, que esta jovencita sepa lo que estuvo a punto de ocurrirle, y cómo se llama! ¡La ñoñería de muchos padres degenera en mala educación sexual de sus hijos adolescentes!... Y, como es natural, engendra, aberraciones. Ahora le ruego que me deje a solas con Mari-chu. Delante de usted no hablará nunca con tranquilidad.

Ya salía Barrón, pisando con aire digno.

—Otra cosa —advirtió el policía—: no se le ocurra a usted poner la oreja en la otra parte del confesonario.

—¡Pero!...

—¡Vamos, vamos! Su presencia la cohíbe. Se trata de descubrir a un monstruo, compréndalo, y debo interrogar a

su hija con detalle... Tenga en cuenta que en sus manos está la vida de sus compañeras o, por lo menos, su seguridad.

—Está bien —Barrón iniciaba el mutis—. Pero, aun a riesgo de ser pesado, le reitero...

—Le repito, aun a riesgo de ser pesado, que conozco mi oficio.

Un bufido digno de tos, y Barrón salió por fin. Borrego se quedó solo con la niña, que le contemplaba con una de esas expresiones atónitas a quienes los bondadosos hombres de pro y los curas de pueblo suelen complacer. Se las atribuyen a la inocencia y a la angelicalidad, sin saber todo lo que de perverso, trapacero y maligno hay detrás de una colegiala que contempla a un "mayor". Y a un mayor que, además, es policía y la interroga.

Pero en este caso, el mero hecho de que aquel señor de traje cruzado y bigotazo la interrogase, no dejaba de producirle una cierta curiosidad. Y sonrió, exhibiendo la montura dental.

—Escúchame, Marichu —comenzó Barrón—: de ti depende que tus amigas puedan ir al colegio con tranquilidad. Tienes que contarme lo que te ocurrió, y procurar acordarte lo mejor posible de cómo era el hombre que te atacó.

—De la cara no me acuerdo —la jovencita, con estudiada coquetería, se sentó y estiró la falda escocesa sobre las rodillas—. A las seis y media, cuando salimos, ya está oscureciendo. Es la clase de latín. La que se me hace más larga... El latín es un rollo, ¿no cree usted?

—Sí. Lo creo. ¿Cómo te atacó el hombre?

—Por la espalda. Al cruzar el puentecillo de barreras de tronco cortado. Me cogió de los hombros. Yo estaba muerta de miedo. Ya sabía lo que les había sucedido a Susana y a Meli...

Calló un momento la niña, se mordió nerviosamente una uña y al fin dijo de sopetón:

—¡Meli me caía bastante mal! Pero no se debe criticar a los muertos ¿verdad?

—No, hija. Ni a los vivos... ¿No recuerdas algún detalle más?

—Sí: algo que a lo mejor le interesa. Su ropa llevaba un perfume particular... Creo que era "Vent vert" ...

—Muy enterada estás en colonias.

—Es que papá se la echa los sábados, cuando va al cine con mamá —Marichu exhibió su montura dental en graciosa sonrisa—. Por eso la reconocí...

—¿No le viste la cara? ¿No recuerdas más detalles?

La chica se pasó la mano por la barbilla, hincó las cejas y al fin dijo:

—Es difícil. Llevaba el sombrero echado sobre los ojos. Con la rabia que me entró, y el miedo, no me fijé. Sólo traté de que no me besara. Además, estaba todo oscuro...

Hizo una pausa y siguió, vista al techo, a una imaginaria mosca con la mirada.

—¡Ah, sí! ¡Cuando me tapó la boca para que no gritara, vi que llevaba una sortija con una piedra negra!

Llegó para el inspector el momento que tanto temía, y que le turbaba. Mil veces valiente y decidido ante delincuentes de "clase", ante matarifes sin escrúpulo, seguía siendo un hombre de timidez enfermiza, auténticamente patológica, cuando se abordaban ciertos temas.

—¿Qué... qué te hizo, después?

—Pues...

La chica se ruborizó, y la melena castaña, al agachar ella la cabeza, le hizo un vaivén de vergüenza ante la cara.

—Di. Dilo sin miedo.

Frase estúpida en boca de quien tenía más miedo de oír que la otra de decir.

Miró la niña hacia la ventana. Había languidez en sus ojos gachos.

—Bueno. Quiso levantarme las faldas... Yo le mordí en un brazo, y después le di una patada. Gritó de dolor y se

quedó como encogido. Aproveché entonces para salir corriendo. Llegué a casa echando el alma. Tenía una ficha de teléfonos, y podía entonces haber llamado a los policías, pero estaba tan... tan...

Lo que Borrego había empezado a predecir: la niña se echó a llorar.

—Llora tranquila y cálmate.

Paseó el policía un rato hasta que oyó, tras un hipo, la voz de Marichu:

—Papá no estaba en casa... Cuando llegó, se lo dije a papá para que le llamara a usted...

No hacía falta, hija. Yo ya estaba aquí desde que mataron a tu compañera Susana. El bosque que lleva a la escuela está vigilado desde hace una semana. Ahora puedes irte. Y avisa a tu padre, por favor.

La chica se disparó hacia las cortinas y cumplió la orden al punto, porque al descorrerlas se dio de morros con "papá".

II

Se escurrió la niña. Barrón, enfrentado con el policía, tenía tenso el gesto:

—¿Qué le ha preguntado usted? Estaba llorando.

—Lo sabe usted mejor que yo. Me ha dicho lo justo para tener dos pistas. No se ponga en plan de coronel de opereta, y dígame dónde puedo telefonar a la morgue.

Barrón se empeñaba en mantener su papel de padre ofendido.

—¿Les enseñan cortesía en la escuela de investigación?

—No, señor. Nos enseñan a cumplir con nuestro deber. Su hija ha sido víctima de un atentado repugnante, y pienso terminar con el culpable. Necesito datos de mis colegas,

que han practicado la autopsia de las otras dos colegialas, y le pido simplemente que me deje llamar por teléfono.

—¡Hágalo!

Borrego levantó el auricular, pero dejó el gesto a medias y le preguntó al otro, antes de marcar:

—Una pregunta, por favor. Una pregunta un tanto... violenta. Discúlpeme por anticipado.

—Lo que usted quiera —Barrón se había anticipado a la cortesía de forma un tanto brusca. Y el inspector tiró a bocajarro, sonriente:

—¿Marichu es hija suya?

Barrón se puso rojo de ira. Se contuvo, apretó los puños y gritó:

—¡Aunque a usted no le importe, le diré que no! ¡Mi mujer era viuda y madre cuando me casé con ella! ¿Es acaso un delito?

—No. Además, ya lo sabíamos.

—¡Cerdo!

—Eso, señor mío, como epíteto, me bastaría y sobraría para hacer que le redujesen mis agentes, y para que usted sufriera una vergüenza innecesaria. No voy a actuar en tal sentido. ¿Puedo utilizar el teléfono?

Barrón encerró la mirada de cabestro entre párpados arrugados, y mascó las palabras:

—¡En la calle hay una cabina, señor policía!

—Ya lo sé —reía el inspector de medio lado—: pero los pequeños delincuentes del barrio se dedican a desvalijarlas, estropeándolas.

—También hay un bar con teléfono —el tono de Barrón era napoleónico, y con tal actitud le dio la espalda a su incómodo huésped.

—Eso está mejor. También lo sabía.

Borrego requirió sombrero y paraguas, y se despidió con un "buenas tardes" un tanto irónico.

Fuese hasta el bar. Ya conocía el ambiente aquel, con olor a anís y serrín, con parroquianos que enrojecían de ira